

Andrea Pezzè, *Miedo y gobierno en las ficciones masivas de entresiglos: América Latina, 1870-1930*, Teseo / SDL, Buenos Aires, 2024, ISBN 978-1911693451.

El libro de Andrea Pezzè nos lleva a delinear un mapa cuyas líneas imaginarias geográficas privilegian el género policial y el fantástico, entrecruzándose y generando espacios de hibridación, tensión y diálogo. En esos intersticios y choques, surgen formas alucinadas de narrar las ficciones masivas de entresiglos.

Ahora bien, la lectura de este libro abarca temáticas que van desde la masonería, el espiritismo, el ocultismo, hasta cuestiones políticas y de género, desde donde empezamos a hilvanar las curiosidades de la época latinoamericana de fines del siglo XIX, es decir: despampanantes propuestas de escritores y escritoras rayando lo inusual, la locura, almas en pena, corporalidades y transmigraciones. Respecto a la crítica con la cual interpela la investigación, encontramos, entre la erudita perspectiva que articula lectura y análisis, los aportes de Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas*, que recorren todo el texto y permiten vislumbrar el cruce entre criminalidad, biopolítica y sexualidad, ligados a las políticas públicas de salubridad y sanidad que construyen los primeros bosquejos de la Nación Argentina.

Con mirada similar, Gabriela Nouzeilles, en *Ficciones somáticas*, analiza una serie de escritores desde la óptica biopolítica de

la salubridad pública que, a través de las metáforas del cuerpo enfermo de la Nación, los personajes degradados y moribundos en la literatura, somatizan y encarnan todos los males a extirpar, a operar, a amputar de la Nación pura y limpia que se pretendía esgrimir. Ampliando el espectro latinoamericano, Pezzè exploya estos alcances reguladores de los cuerpos, explorando distintas formas de expresión en el género policial y el gótico cruzado con lo fantástico, en el interesante corpus que abarca toda América Latina. Por eso encontramos a autores diversos como José Marín Cañas, Alejandro Tapia y Rivera, León Fernández Guardia, Soto Hall, Clemente Palma, Juana Rosa de Amézaga, Teresa González de Fanning, Clorinda Matto de Turner o Dora Mayer.

Otro aspecto del recorrido crítico que resalta es el aporte fundamental de Josefina Ludmer, con su ya canónica obra *El cuerpo del delito, un manual*. Este libro intercala la lectura de Pezzè e incluso el autor coloca el subtítulo «mujeres que mueren», parafraseando el subtítulo de Ludmer, «Mujeres que matan», en la sección que les dedica a las voces femeninas. Este enfoque articula los estudios culturales y la interpretación de las corporalidades vislumbrado desde el funcionamiento de los mecanismos de los géneros —el po-

licial, la gauchesca, etc.— y revisando personajes y espacios fuera de foco.

Una figura que el autor coloca como central en su estudio es la del intelectual argentino Eduardo Ladislao Holmberg, quien fue un excéntrico médico y literato de la generación del 80, encargado de transgredir los géneros y también el *gender*. *Gender* porque, como bien dice Ludmer en *El cuerpo del delito*, la primera travesti asesina de la literatura argentina es Clara, personaje del relato «La bolsa de huesos», quien se viste de hombre para estudiar medicina y mata para vengarse del poder patriarcal que discrimina a las mujeres que querían estudiar y les era impedido tan solo por su género. La figura de Holmberg vuelve una y otra vez en cada capítulo y esto quizás se debe a que atraviesa el espiritismo, la masonería, la ciencia ficción, los *genders*, la transmigración de almas, al igual que lo hace en todo el libro de Pezzè, por todas las partes. La literatura y escritos de Holmberg son aún hoy fascinantes, porque trastocan los géneros policial y fantástico, incluyendo saberes heterodoxos y personajes excéntricos e instalando una maquinaria paranoica de sentidos que redefine los imaginarios literarios del momento; aún en la actualidad siguen repercutiendo en expresiones contemporáneas.

También nos sorprende ver el nombre de otro autor que se encuentra siempre un poco en el pliegue de todo canon: Horacio Quiroga. Pezzè rescata un lado de terror y siniestro que se instala en sus textos menos leídos y que se acerca a la literatura especulativa y a las fantasías científicas.

Esa mirada se irradia en «El hombre artificial», que Quiroga publica a modo de folletín bajo el pseudónimo de *Fragoso Lima* en el año 1910, en *Caras y Caretas*, donde los científicos hacen pruebas con los humanos y el horror es narrado desde la voz de la víctima. No olvidemos que Quiroga estuvo muy ligado a Leopoldo Lugones, autor de *Las fuerzas extrañas*, quien lo llevó de excursión a Misiones como fotógrafo, tierra a la cual Quiroga volvió, como magnetizado, instalándose en el corazón de la selva, en San Ignacio; es decir, que el escritor no estaba pendiente de los grandes sucesos de la alta alcurnia letrada, ni uruguaya ni porteña, sino que más bien escribió su poética individual y extraña desde un lugar fuera del campo hegemónico del momento. Justamente por su rareza, Pezzè considera que requiere una atención especial e incluso su figura y obra piden una interpretación diferente de la dimensión paranoica de los géneros masivos. Desde su lectura, al encontrarse Quiroga en un pliegue entre dos universos opuestos como el de la cultura de masas «de las élites y el lado oscuro de las prácticas de gobierno», brinda un punto de vista bifurcado que deja entrever formas novedosas de las invariantes de los géneros especulativos.

En el apartado «Monos», donde se analiza la contaminación de la estirpe por la mezcla, y en concreto de la mezcla no humana ligada a los monos, tanto Leopoldo Lugones como Horacio Quiroga escriben sobre ello: el primero en «Izur» (de *Las fuerzas extrañas*), y el segundo en «Historia de Estilicón» (de *El crimen del otro*),

«El mono ahorcado» y «El mono que asesinó» (ambos de *Caras y Caretas*), que, como se analiza en este estudio, dedicaron parte de sus especulaciones a la relación entre salvajismo y humanidad.

Para enfocarnos en algunas de las tantas nociones críticas en las cuales se hace hincapié, un concepto que atraviesa, desde mi punto de vista, la lectura es el de heterodoxia. Es una categoría que va de la mano de aquella de sincretismo y pienso que, para el autor, la heterodoxia científica se vincula estrechamente con las primeras obras del fantástico latinoamericano y acarrea un legado en la impronta positivista presente en la formación de los Estado Nación.

La impronta positivista marca los discursos del pensamiento moderno con su sello heterodoxo. Esto puede notarse claramente en la expresión del terror a través del género fantástico, ya que «el terror a la invasión de la otredad anómala es relevante y pide una muestra de la gestión soberana de la diferencia» (p. 165). Lo inexplicable presente en la realidad cotidiana amenazada por la extrañeza se presenta en la mayoría de los textos del corpus. También el exceso de heterodoxias genera figuras como la del loco, el anómalo, el monstruo y una serie de excentricidades y deformidades que emergen de la lente sincrética. En la obra de Holmberg, rey por excelencia de la heterodoxia, «Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte» desafía «la reglamentación normativa de la ciencia y activa el control biopolítico y las estrategias de gobierno de los excesos de vida. Analizado desde la medicina, el

destino inevitable de la anomalía producida por el mero lenguaje es el centro de contención de la diferencia psíquica» (p. 330).

La concepción de heterodoxia, a la luz de mi mirada, opera como una herramienta teórica que habilita el recorrido de lectura que realiza Pezzè, inmiscuyéndose en lugares ficcionales desconocidos o incluso olvidados por la crítica. Entiendo la heterodoxia, junto con otras miradas que estudiamos, como la noción que opera en la literatura argentina como un saber, una práctica que se constituye dinámica e históricamente, de manera complementaria —pero asimétrica—, en relación con un «otro» ortodoxo. Se instituye como una categoría relacional, relativa e histórica, que rehúye de todo tipo de encasillamiento e inmovilidad semántica. Considero que esta mirada heterodoxa le permite al autor leer, sistematizar, historizar y revalorizar algunas expresiones «raras» u «ocultas» para las condiciones de recepción del momento (anclado entre 1870 y 1930). Esto se debe a que la heterodoxia permite «visibilizar» las «fisuras», las grietas imperceptibles que tensionan los elementos de un sistema, y, desde allí, construye lugares de enunciación.

Por último, en relación con los capítulos vinculados a la mujer y a lo femenino, recordemos que, en el momento de escritura, las condiciones de producción estaban por un lado, en algunos países como Argentina por ejemplo, ligadas al crecimiento industrial y a la profesionalización paulatina de la mujer en su rol de educadora (muchas veces en el lugar de maestra). Incluso había editoriales dedicadas a lectoras, dado que el

público femenino era la «masa» lectora ávida de folletines y novelones. Otro factor influyente con la conformación de los estados modernos es la construcción de todo un sistema educativo propio, público, dentro del cual se instalan proyectos literarios de tinte femenino. Allí también surgen diversos imaginarios sociales en torno al «modelo de maestra» normalista y los verdaderos proyectos o ideas que las mujeres querían transmitir. De hecho, es interesante lo que se rescata en este libro, ya que se traen a colación los textos más excéntricos que dan cuenta de los desbordes que caracterizan la escritura de ciertas mujeres como la colombiana Soledad Acosta de Samper, que publica *Una Pesadilla. Bogotá en el año 2000* en 1905. Si bien está escrita desde la mirada burguesa y blanca de la clase letrada latinoamericana, da cuenta del interés por «salirse» de los discursos más canónicos.

En otras partes del libro donde la mujer tiene un lugar central, se destacan dos partes: una que alude a la representación de la mujer por autores que expresaban el miedo a perder el dominio masculino en sus lugares de poder, como el de la ciencia. En otra parte, en cambio, el libro se enfoca en las obras de Juana Manuela Gorriti, María Virginia Estenssoro y María Luisa Bombal. Entre otras que se destacan, como Eduarda Mansilla, Clorinda Matto de Turner, eligen el camino del terror y lo fantástico a través del novelón o de la novela de viajes, para dar cuenta de las tensiones sociales.

En este punto, no nos queda más alternativa que volver a Holmberg. Digo

esto por los vínculos con los saberes alternativos, porque en América central, al igual que en el Cono Sur, las doctrinas espiritistas y teosóficas van de la mano, por la curiosidad que interpelan las prácticas orientales ligadas a su filosofía. Helena Blavatsky, más conocida como Madame Blavatsky, fue una lectura de cabecera para todos los escritores de ese período. Los intelectuales que estaban en la franja entre el positivismo, el naturalismo y los saberes médicos, practicaban y buscaban respuestas en las manifestaciones psíquicas, que empezaban también a entremezclarse con los primeros avances del psicoanálisis y sus experimentos con la psiquis. Todo el libro retoma la cuestión de la fascinación por lo insólito, lo misterioso y lo extraño que transgrede la percepción de lo real y va más allá de los saberes racionales científicos. Como notamos, el mestizaje, la negritud, etc. a veces no aparecen como parte del imaginario de este pliegue, ya que la Nación en construcción veía la otredad o subalternidad como enfermedad, como problema y, como ya sabemos luego de leer este libro, como potencial motivo de contaminación. Esto está estrechamente ligado al miedo por la alteración del orden y por la amenaza de que el progreso y el proyecto modernizador pueda retrasarse.

LUCÍA CAMINADA ROSSETTI
Universidad Nacional del Nordeste
(Argentina)

lucia.caminada@comunidad.unne.edu.ar

